XVIII

A las primeras penumbras de la noche, introducianse dos guerreros descaminados en un bosque húmedo no lejos del Rhin, entre la plaza fuerte Tres Tabernaæ y la villa romana Argentocatum, conquistada hacía poco por los alemanes. El uno, Aragaris, desgraciado gigante de rubios cabellos, sármata al servicio de Roma; el otro, Estrombix, seco y ceñudo, sirio.

El espacio entre los troncos de los árboles estaba sumido en la obscuridad. En la atmósfera tibia caía una fina lluvia. De los abedules se desprendía el olor típico de las hojas mojadas. En la lontananza se oía el canto de un cuco.

A cada chasquido de las ramas, Estrombix, asustado, se estremecía cogiendo la mano de su compañero.

-¡Primo!... eh, primo!

Llamaba primo á Aragaris, no por parentesco, sino por amistad.

Ambos habían sido admitidos en el ejército romano, siendo de los dos rincones opuestos del mundo. El bárbaro del Norte, voraz y casto, despreciaba al sirio, tímido, voluptuoso y sobrio en bebida y alimento. Pero á pesar de sus burlas, reompadeciale como á un niño.

-Primo-lloriqueó Estrombix.

-Y bien, ¿qué? déjame tranquilo.

-¿Hay osos en este bosque?

-Si-respondió Aragaris con aspereza.

-¿Y si encontramos uno, qué?

—Lo mataremos, venderemos su piel, é iremos á beber.

-¿Y si es él, al contrario, quien?...

-Cobardón, bien se ve en seguida que eres cristiano.

—¿Por qué un cristiano ha de ser cobarde?—dijo Estrombix con tono de enfado.

—Pero tú mismo me has dicho que en vuestro libro se lee: «Al que te hiriere en la mejilla izquierda, preséntale también la otra.

-Si. es cierto.

—¡Ya ves! Si es así, según mi modo de ver no es preciso guerrear. Si el enemigo te hiriere en una mejilla, ¿tú le presentarás la otra? Vosotros sois todos unos mandrias, helo ahí.

—El César Juliano es cristiano y no es cobarde —replicó Estrombix.

—Ya sé yo, primo,—continuó Aragaris,—que vosotros sabéis perdonar á los enemigos cuando se está en la batalla. ¡Maricas!... Tu estómago no es mayor que mi puño; con un diente de ajo estás repleto para todo el día. ¡Por eso tu sangre no es más que agua pantanosa!

-¡Ah! primo, primo, -observó Estrombix con

amargura.—¡Por qué has hablado de alimentos!¡Ahora me roe de nuevo en el hueco del estómago! Dame un poco de ajo; aún te queda en tu saco...

—Si te doy lo que me resta, los dos nos moriremos mañana en este bosque.

—¡Ah! si no me lo das en seguida, me caeré de debilidad y te verás obligado á llevarme...

-Ten... tragón... perro.

-Y un poco de pan,-suplicó Estrombix.

Aragaris le dió con un juramento el postrer costrón de su galleta. El mismo, la vispera, había comido para dos días grasa de cerdo y habas cocidas.

—¡Cuidado!—exclamó deteniéndose.—¡Se oye la trompeta!... No estamos lejos del campamento... Es menester dirigirnos hacia el Norte... No temo á los osos,—añadió Aragaris pensativo,—pero el centurión...

Los soldados habían apodado á aquel detestable centurión «Cedo-Alteram», es decir, «Dame otra», porque siempre que la vara con que azotaba á los soldados delincuentes se rompía, gritaba alegremente: Cedo alteram! Estas dos palabras habían llegado á ser su apodo.

—Estoy seguro,—dijo el bárbaro,—estoy convencido de que Cedo Alteram hará con mis espaldas lo que el curtidor hace con una piel de buey. ¡Esto es abominable, primo, abominable!

Ambos habían quedado rezagados porque Aragaris, según su costumbre, habíase emborrachado hasta perder el conocimiento en una aldea saqueada, y Estrombix había sido apaleado. El pequeño sirio había hecho una vana tentativa para obtener los

favores de una preciosa muchacha franca. Aquella belleza de diez y seis años, hija de un bárbaro, muerto en la batalla, habíale administrado dos bofetadas tales, que cayó de espaldas. Después le pisoteó con sus anchos pies.

—¡Esa no es chica, sino un demonio! — refería Estrombix.—¡Apenas la pellizqué y ella casi me ha roto las costillas.

El sonido de la trompeta se distinguía cada vez más claramente. Aragaris, husmeando el aire como un sabueso, observó que se notaba olor de humo. El campamento debía hallarse á corta distancia.

La noche se hizo más obscura; apenas si podían descubrir el camino. El sendero se perdía entre el cieno. Iban saltando de montículo en montículo. La niebla se extendía.

De repente, de una gran conifera, cuyas ramas cubiertas de musgo parecían una larga barba gris, alguna cosa se escapó con un chillido estridente. Estrombix se agachó de miedo. Era un gallo salvaje.

Perdiéronse al fin. Estrombix trepó à un árbol.

—Los vivaques están al Norte. No lejos. Allá abajo hay un ancho río.

—¡El Rhin! ¡El Rhin!—exclamó Aragaris.—Vamos á prisa.

Ambos se deslizaron á través de los abedules y los álamos seculares.

-¡Primo, yo me anego!—gritó Estrombix.—Alguien me tira de los pies. ¿En dónde estás?

Con gran trabajo Aragaris lo desenredó, y, jurando, cargóle sobre sus espaldas.

DIOSES.-Tomo I

El sármata reconoció con sus pies los maderos de las faginadas puestas por los romanos. Aquella faginada les condujo al gran camino, cortado hacía poco por el ejército de Severo, general de Juliano. Los bárbaros, para cortar el camino, habíanlo obstruído, según su costumbre, con enormes troncos de árboles.

Viéronse obligados á escalarlos. Aquellos árboles, á veces podridos, cubiertos de musgo y deshaciéndose bajo los pies, á veces firmes y resbaladizos por la lluvia, hacían difícil la marcha.

Por aquellos lugares, temiendo siempre un ataque, debía caminar el ejército de Juliano, compuesto de trece mil hombres, al cual todos los generales del emperador, salvo Severo, habían traidoramente abandonado.

Estrombix maldecía á su camarada.

—¡Yo no iré mucho más lejos, pagano! Prefiero echarme sobre las hojas secas y morir... ¡Al menos no veré más tu cara de condenado!... ¡Uf! ¡Infiel!... ¡Ya se conoce en seguida que no llevas ninguna cruz! ¿Es asunto de cristianos el arrastrarse así por los caminos?... ¿Y en dónde nos guareceremos? ¡Bajo las varas del centurión!... ¡No pasaré de aqui!...

Aragaris le arrastró á la fuerza, y cuando el paso hízose más fácil, cargó nuevamente sobre sus espaldas á su caprichoso compañero que le llenaba de invectivas, peliizcándole; después, al cabo de un rato, durmióse profundamente sobre las espaldas del «pagano.»

A media noche llegaron à las puertas del campo romano. Todo estaba en silencio. El puente levadizo hacía mucho tiempo que estaba levantado. Los amigos hubieron de dormir en el bosque, cerca de las puertas traseras llamadas decumenes.

Al alba sonó la trompeta. En el bosque brumoso el ruiseñor cantaba todavía: espantado por los guerreros sonidos, callóse. Aragaris aspiró el olor de la sopa y despertó á Estrombix; su apetito duplicado hízoles olvidar las varas de Cedo-Alteram. Penetraron en el campamento y sentáronse cerca de los calderos. En la tienda principal, próxima á las puertas pretorianas, velaba el César Juliano.

Desde el día en que fué nombrado César, en Mediolán, gracias á la protección de la emperatriz Eusebia, Juliano se dedicaba con celo á los bélicos ejercicios. No solamente estudiaba bajo la dirección de Severo el arte de la guerra, sino que también quería conocer el oficio del simple soldado. Al son de los clarines, en los cuarteles, en el campo de Marte, con los nuevos reclutas, durante días enteros, aprendía á marchar y á tirar el arco y la honda, á correr con el peso del equipo comleto, á saltar los fosos y á batirse.

Sobrepujando à la hipocresia monacal, despertabase en el joven la sangre de la raza de Constantino, raza formada por muchas generaciones de austeros y obstinados hombres de guerra.

—¡Ay, divinnos Jámblico y Platón! ¡Si viérais lo que ha venido á ser vuestro discípulo!—exclamaba á veces, enjugando el sudor que por su frente se deslizaba.

Y señalando su armadura, añadía:

-¿No es cierto, Severo, que esta armadura me sienta tan mal á mí, estudiante filósofo, como una silla de combate á un buey perezoso? Severo no respondió y sonrió maliciosamente. Sabía que aquellos suspiros y aquellas quejas no eran sinceras, y que, en realidad, Juliano estaba satisfecho de sus progresos militares.

Habíase de tal manera transformado y virilizado en algunos meses, que muchos reconocían con dificultad al «pequeño griego,» como se le nombraba en otro tiempo en la corte de Constancio. Unicamente los ojos no habían cambiado, brillando con fuego extraño, demasiado vivo, casi febril, que los hacía inolvidables. Sentíase Juliano cada día más fuerte, no tan sólo física, sino también moralmente. Por la primera vez en su vida experimentaba la dicha del afecto hacia las gentes sencillas.

Había gustado al principio á los legionarios ver à un verdadero César, primo del Augusto, aprender el oficio del militar en los cuarteles, sin repugnancia á la vida tosca del soldado. Los rostros austeros de los viejos guerreros se iluminaban con una tierna sonrisa cuando admiraban la destreza, siempre creciente, del César, y acordándose de su juventud, se extrañaban de sus rápidos progresos.

Juliano se acercaba á los soldados, hablaba con ellos, escuchaba sus relatos de pasadas campañas, sus consejos relativos á la atadura de la coraza, de modo que las correas rocen menos, y cómo debe ponerse el pie para evitar la excesiva fatiga en las grandes marchas.

Circulaba el rumor de que el emperador Contancio había enviado al inexperto joven entre los bárbaros de la Galia, á fin de que hallase la muerte, deshaciéndose así de un rival; y además que los

generales, siguiendo los consejos de los eunucos imperiales, hacían traición al joven César.

Todo esto inflamaba más aún el amor de los legionarios hacia Juliano.

Con insinuación precavida, con el arte de ganar las simpatías contraídas durante su educación monacal, Juliano hacía cuanto le era posible para afirmar el amor de que era objeto y el odio hacía el emperador.

Ante los soldados hablaba de su hermano Constancio con humildad de doble sentido, bajando los ojos y afectando el aspecto de una víctima. Erale tanto más fácil cautivar á los guerreros por su intrepidez en los combates, cuanto que la muerte le parecía envidiable, en comparación á aquella á que había sido sometido Galo, y que tal vez tenía le reservada el emperador.

Juliano había organizado su vida según el método de los antiguos guerreros conquistadores. La educación estoica del pedagogo Mardonio ayudábale á soportar la ausencia total del lujo. Dormía menos que un simple soldado, y no ya sobre un colchón, sino sobre una tosca alfombra de largo pelo, llamado «suburro» por el pueblo. La primera parte de la noche estaba consagrada al sueño; la segunda á los negocios de Estado y de la guerra; la tercera á las Musas.

Los libros predilectos de Juliano no le abandonaban en las campañas. Inspirábase en Marco Aurelio, en Plutarco, Suetonio y en Catón el Antiguo. Durante el día, esforzábase en poner en práctica aquello que había pensado en la noche con sus libros. La memorable mañana antes de la batalla de Argentoratum, al oir la diana, vistióse prontamente Juliano su armadura completa, ordenando que se le trajera su corcel. Esperando, retiróse al rincón más apartado de su tienda. Allí estaba colocada una elegante estátua de Mercurio, alado, llevando el caduceo: dios del movimiento, del éxito y de la alegría. Juliano se inclinó y arrojó sobre un pequeño trípode algunos granos de incienso.

Por la dirección del humo, el César, lisonjeándo se de conocer el arte de la adivinación, procuraba adivinar la influencia del día. Durante la noche, había oído tres veces el graznido del cuervo, señal nefasta.

Estaba Juliano de tal modo convencido de que sus inesperados triunfos militares en Galia eran debidos á una fuerza sobrenatural, que cada vez volvíase más supersticioso.

Al salir de la tienda chocó contra el tronco que servía de umbral. El rostro de César se obscureció. Todos los presagios eran desfavorables. Resolvió, pues, en su ánimo dejar la batalla para el día siguiente.

El ejército se puso en marcha. El camino, á través de los bosques, era penoso. Montones de árboles dificultaban el paso á cada instante. El día prometía ser caluroso. El ejército no había andado sino la mitad del camino, y hasta el campamento de los bárbaros, situado sobre la ribera izquierda del Rhin, en una gran llanura cerca de la ciudad de Argentoratum, quedaban por recorrer aún, á medio día, más de veintiún mil pasos.

Los soldados estaban fatigados.

Cuando hubieron franqueado el bosque, encon-

trándose en un campo, Juliano los reunió en torno suyo, disponiéndolos en círculo, como los espectadores en un anfiteatro, de modo que fuese el mismo el centro de los centuriones y de las cohortes, que se irradiaban, en largas filas circulares. Esta era, por lo demás, la costumbre del ejército romano, para que el mayor número posible pudiera oir las palabras del general.

Juliano explicó á las legiones en frases concisas y sencillas que la fatiga podía perjudicar el éxito, que sería más prudente instalar el campamento en aquel campo, descansar y atacar á los bárbaros al día siguiente por la mañana con las fuerzas recuperadas.

En el ejército levantóse un murmullo. Los soldados golpearon los escudos con sus lanzas, lo que era señal de impaciencia. Exigían con sus gritos que Juliano los condujera sin tardanza al lugar del combate. El César miró en torno suyo, y comprendió, por la expresión de los semblantes, que cometía una grave falta si resistía. Sentía en la multitud el estremecimiento terrible que tan bien conocía, que era indispensable para la victoria y que podia, á la menor torpeza, convertirse en furor.

Saltó sobre su caballo y dió la señal de continuar la marcha adelante. Un grito entusiástico le respondió y el ejército se puso en movimiento.

Cuando el sol comenzó á declinar, llegaron á la llanura de Argentoratum. Entre las colinas poco elevadas brillaba el Rhin. Al Sur se elevaba la masa obscura de los Vosgos. Sobre el grandioso río germánico flotaban catapultas. De repente, sobre la colina más próxima, aparecieron tres jinetes. Eran los bárbaros.

Los romanos se detuvieron y se dispusieron en orden de batalla.

Juliano, rodeado de seiscientos jinetes cubiertos de hierro, los clibanarios, mandaba la caballería del ala derecha; á la izquierda se extendía la infantería, á las órdenes de Severo, al que por lo demás obedecía el mismo Juliano. Los bárbaros opusieron su caballería á la de Juliano; á la cabeza marchaba el rey aleman Clodomiro; frente á Severo, el joven sobrino de aquél, Aganarico, dirigía la infantería.

Las bocinas de guerra, las trompas y las cornetas, resonaron.

Los pabellones, las banderas, que llevaban los nombres de las cohortes, los dragones de púrpura y las águilas romanas, se aproximaron á la cabeza de las secciones. Delante, con los semblantes tranquilos y severos, avanzaban á paso firme y regular, haciendo retemblar la tierra, los portadores de hachas y los primipilarios habituados á las victorias.

De repente la infantería de Severo se detuvo. Los bárbaros, ocultos en un foso, saltaron fuera de su emboscada y atacaron á los romanos. Juliano, desde lejos, vió la confusión que esto produjo y acudió en su socorro.

Se esforzaba en calmar á los soldados, dirigiéndose ya á una cohorte, ya á otra, imitando el estilo conciso de Julio César. Cuando decía: «Exurgamus, viri fortes» ó bien: «Advenit, socii, justum pugnandi jam tempus,» aquel joven de veinte años

creía con orgullo: «Ahora me parezco á tal ó cual célebre conquistador!» Y en el fuego mismo de la acción se hallaba mentalmente rodeado de sus libros, y se rogocijaba de que todo sucediera precisamente como lo describía Tito Livio, Plutarco y Salustio.

El experto Severo moderaba su ardor con su san gre fría, y aunque dejaba cierta libertad á Juliano, no abandonaba la dirección general del ejército.

Las fiechas silbaron así como las lanzas bárbaras, sujetas por largas tiras, de cuero; las máquinas de guerra arrojaron piedras enormes.

Los romanos se hallaron al fin frente à frente con los terribles y misteriosos habitantes del Norte, acerca de los cuales circulaban leyendas tan increíbles.

Unos llevaban equipos monstruosos; otros la espalda cubierta de pieles de oso, y á manera de casco, sobre sus intonsas cabezas, hocicos de animales que enseñaban los colmillos. Otros llevaban los cascos adornados con cuernos de ciervo ó de buey. Los alemanes despreciaban la muerte de tal manera, que se lanzaban en medio de la pelea completamente desnudos, no conservando más que la espada y la lanza.

Sus cabellos rojos estaban atados en lo alto de la cabeza y caían hasta la nuca en espesos bucles ó en forma de trenza que se asemejaba á una melena. Sus rubios bigotes resaltaban sobre su quemada piel y pendían largamente á ambos lados de la boca.

Un gran número de ellos eran tan salvajes, que no empleaban el hierro y combatían con lanzas terminadas en punta de hueso, mojadas en un violento veneno que las hacía aún más peligrosas. Una herida de aquella arma primitiva bastaba para morir lentamente en medio de atroces sufrimientos. De la cabeza á los pies, á manera de armadura, iban cubiertos de delgadas láminas de casco de caballo, cosidas en una tela de lino. Con aquella vestimenta, aquellos bárbaros parecían mónstruos extraños vestidos con plumas de pájaro y escamas de pescados.

Había también sajones de ojos de color azul pálido, que nunca se asustaban del mar, pero que temían la tierra; Sicambros, Edulos de pupilas verdes como el agua del Oceano, Borgoñones, Batavos y Sármatas, mitad hombres y mitad fieras, cuyos terribles rostros no veían los romanos más que en el momento de la muerte.

Los primipilarios, reuniendo sus escudos, formaron una compacta muralla de acero invulnerable á todos los golpes, avanzando continua y lentamente. Los alemanes se precipitaron sobre ella con gritos feroces, semejantes á los roncos gruñidos de los osos. El combate principió cuerpo á cuerpo, escudo contra escudo. El polvo se elevó tan denso por encima de la llanura, que interceptó los rayos del sol.

En aquel momento, en el ala derecha, la caballería, con armaduras de hierro, de los *clibanarios*, se estremeció y emprendió la fuga. Podía aplastar á las legiones de retaguardia. A través de la nube de flechas y de lanzas, brillaba al sol el estandarte color de fuego del gigantesco rey Clodomiro.

Juliano acudió á tiempo al galope de su negro

corcel cubierto de espuma y comprendió la astucia. La infantería bárbara, colocada expresamente entre los jinetes, se deslizaba entre las piernas de los caballos romanos, y con la espada les abrian el vientre. Los caballos caían arrastrando en su caída á los «catafractos,» que no podían levantarse agobiados bajo el peso de su armadura.

Juliano se colocó en mitad del camino. Debía, ó detener á los jinetes que huían, ó bien ser aplastado por el choque. El tribuno de los *clibanarios* tropezó con él, reconoció á Juliano y palideció de vergüenza y de espanto. Toda la sangre afluyó al rostro de Juliano, que olvidó sus libros clásicos, se inclinó, cogió al fugitivo por el cuello y gritó con una voz que le pareció á él mismo desconocida, salvaje:

-¡Cobarde!

Después volvió al tribuno de cara al enemigo. Entonces los catafractos se detuvieron, reconocieron el dragón de púrpura, el dragón imperial, y se quedaron confusos. En un minuto toda la masa de hierro volvió grupas y se precipitó de nuevo sobre los bárbaros.

Se produjo una gran confusión y una lanza hirió á Juliano en mitad del pecho; no debió su salvación más que á su coraza. Una flecha silbó á su oído, rozándole la mejilla con sus plumas. En auxilio de la caballería que se debilitaba, envió Severo legiones de cornutos y de brakatos, aliados medio salvajes de los romanos. Tenían costumbre de no cantar su himno guerrero, el Barrith, más que en el momento de la embriaguez sanguinaria del combate.

Entonaron su canto con voz baja y quejumbrosa;

los primeros sonidos eran tranquilos como el murmullo nocturno de las hojas; después, paulatinamente, el Barrith se hacía más fuerte, más solemne y terrible; por último, se transformaba en un rugido furioso y ensordecedor, semejante al de la mar alborotada cuando se estrella contra las rocas. Con este cántico se embriagaban hasta olvidarse de sí mismos. Juliano terminó por no ver ni comprender lo que pasaba á su alrededor. Sentía solamente una sed intolerable y un dolor de fatiga en la mano en que tenía la espada. Perdió hasta la noción del tiempo. Pero Severo conservaba toda su presencia de espíritu, y dirigia el combate con prudencia incomparable. Perplejo y provocador, Juliano distinguió el estandarte amarillo de Clodomiro en el centro mismo de las legiones. La caballería bárbara había penetrado de flanco en medio del ejercito romano, y Juliano pensó: «¡Esto ha terminado; todo está perdido!» Se acordó de los presagios desfavorables de aquella mañana, y dirigió una última plegaria á los dioses elímpicos.

—¡Venid en mi ayuda! porque ¿quién sino yo restablecerá vuestro poder en esta tierra?—En el centro del ejército se hallaban veteranos viejos de la legión de los «Petulantes,» llamados así por su valor. Severo confiaba en ellos y no se engañaba. Uno de ellos gritó:

— ¡Viri fortissimi! ¡Varones valerosísimos! No hagamos traición á Roma y á nuestro César. ¡Muramos por Juliano!

—¡Gloria y prosperidad á César Juliano!...;Por Roma, por Roma!...—respondieron voces firmes, y los veteranos, encanecidos bajo las banderas, fueron á la muerte tranquilos y severos.

El hálito de la gran Roma se cernió por encima del ejército.

Juliano, con los ojos llenos de lágrimas de entusiasmó, se lanzó hacia los veteranos para morir con ellos. De nuevo sintió que la fuerza del amor sencillo, la fuerza del pueblo, le levantaba en sus alas y le llevaba á la victoria.

Entonces el terror se apoderó de las masas bárbaras, que temblaron y huyeron.

Las águilas de las legiones, con sus picos rapaces, sus alas desplegadas, brillando al sol, volaron una vez más, anunciando á las tribus derrotadas la victoria de la Ciudad Eterna.

Los alemanes y los francos exhalaban combatiendo hasta el último suspiro.

Arrodillados en un mar de sangre, los bárbaros manejaban con débil mano su espada ó su lanza, y en sus ojos enturbiados no se leía ni el miedo ni la desesperación, sino únicamente la sed de venganza y el desprecio al vencedor. Hasta los que parecían muertos se levantaban medio aplastados, se agarraban con los dientes á las piernas de los enemigos, y se enganchaban con tal fuerza, que los romanos les arrastraban tras sí. Seis mil bárbaros cayeron sobre el campo de batalla ó se ahogaron en el Rhin. Aquella tarde, en el momento en que César Juliano estaba sobre la colina envuelto como de una aureola por los rayos del sol poniente, le trajeron al rey Clodomiro, hecho prisionero en la ribera del río. Era de enorme talla y respira-

ba fatigosamente, sudando y con la cara lívida. Llevaba las manos atadas á la espalda; se arrodilló delante de su vencedor, y el joven César de veinte años puso su manecita sobre la cabeza cabelluda del rey bárbaro.

XIX

Era la época de la vendimia. Todo el dia vibraban en el aire las canciones en las orillas del alegre golfo de Nápoles.

En la campiña preferida por los romanos, en Bai, celebre por sus aguas sulfurosas, Bai, de la que los poetas del tiempo de Augusto decian:

Nullus in orbe locus Baiis prelucet amænis,

las personas desocupadas se deleitaban en la naturaleza, más refinada y voluptuosa que ellas mismas.

Era aquel un rincón no violado del elegante país que frecuentaba la imaginación de Horacio, de Propercio y de Tibulo. Ni siquiera una sombra del siglo monacal había obscurecido aún aquel litoral lleno de sol, que se extendía entre el Vesubio y el